

Emailgelio del 10 de noviembre de 2024  
Domingo 32 del tiempo ordinario – Ciclo B

Ignacio Itano sm

## Justicia con la viuda pobre

En aquel tiempo enseñaba Jesús a la multitud y les decía: “¡Cuidado con los letrados! Les encanta pasearse con amplio ropaje y que les hagan reverencias en la plaza, buscan los asientos de honor en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y devoran los bienes de las viudas con pretexto de largos rezos. Esos recibirán una sentencia más rigurosa”.

Estando Jesús sentado enfrente del cepillo del templo, observaba a la gente que iba echando dinero: muchos ricos echaban en cantidad; se acercó una viuda pobre y echó dos reales. Llamando a sus discípulos les dijo: “Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el cepillo más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero esta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir”. (Mc 12,38-44)



En el libro del Deuteronomio se prescribía que las viudas debían ser mantenidas y ayudadas con los ingresos que se recogían a través de las ofrendas del templo. Pero, en este caso, sucede lo contrario: en lugar de recibir ayuda, como le correspondería, **ella aporta todo lo que tiene**. Al poner de relieve y alabar el gesto extremadamente generoso de la mujer, Jesús subraya también la tremenda injusticia de esta situación.

Podemos llegar a creer que no debemos nada a los pobres. Sin embargo, ya en el siglo IV-V, San Juan Crisóstomo era contundente sobre este asunto y decía: “**no compartir con los pobres los propios bienes es robarles y quitarles la vida. No son nuestros los bienes que tenemos, sino suyos**”.

La Conferencia episcopal boliviana afirmaba en el año 2012 que “tanto la experiencia común de la vida ordinaria como la investigación científica demuestran que los más graves efectos de todas las agresiones ambientales los sufre la gente más pobre”. Seis años antes los obispos de Nueva Zelanda habían recordado que “un veinte por ciento de la población mundial consume recursos en tal medida que roba a las naciones pobres y a las futuras generaciones lo que necesitan para sobrevivir”. Benedicto XVI en 2009 y el Papa Francisco en 2015 coincidían en que tenemos un “**superdesarrollo derrochador y consumista, que contrasta de modo inaceptable con situaciones persistentes de miseria deshumanizadora**”. Para que todos los seres humanos vivieran como el español medio [antes de la crisis], haría falta disponer de 2,5 planetas como el nuestro.

La explotación de los recursos naturales, los grandes monopolios del comercio, el desequilibrio entre los precios de las materias primas y las de los productos industriales, las nuevas patentes de los descubrimientos científicos y técnicos, especialmente de los medicamentos, juegan siempre a favor de los poderosos en detrimento de los pobres.

La mayoría nos sentimos impotentes ante esas injusticias estructurales. No se encuentran recetas en ninguna parte. Puede ayudarnos, además de compartir lo que somos y tenemos, la invitación del Papa Francisco a “**cuidar la creación con pequeñas acciones cotidianas**”, conformando un nuevo estilo de vida. “**Se puede necesitar poco y vivir mucho...** La felicidad requiere saber limitar algunas necesidades que nos atontan, quedando así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida”.

Dios y el prójimo: ese es el punto de referencia del cristiano.

Emailgelio del 17 de noviembre de 2024  
Domingo 33 del tiempo ordinario – Ciclo B

Ignacio Itano sm

## Derrotismo o esperanza

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: “En aquellos días después de una gran tribulación, el sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los ejércitos celestes temblarán. Entonces verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes con gran poder y majestad; enviará a los ángeles para reunir a sus elegidos de los cuatro vientos, del extremo de la tierra al extremo del cielo.

Aprended lo que os enseña la higuera: Cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, sabéis que la primavera está cerca; pues cuando veáis vosotros suceder esto, sabed que él está cerca, a la puerta. Os aseguro que no pasará esta generación antes que todo se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán. El día y la hora nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, solo el Padre. (Mc 13, 24-32)



Jesús parece presentar dos realidades enfrentadas: por una parte, un futuro inquietante de destrucción y, por otra, el brote de una primavera con el Señor a la puerta. **Derrotismo o esperanza.**

Desde una perspectiva totalmente ajena a la fe, se percibe una realidad dual contrapuesta y absurda. El reportero gráfico Guillermo Cervera afirma que “todo en esta vida es absurdo”. Para ilustrar esa afirmación, da un dato de su propia actividad profesional: “**En un lado del mundo estás cubriendo desfiles de moda mientras sabes que en el otro están bombardeando una ciudad entera**”. Cervera ha podido fotografiar a una Paris Hilton convertida en DJ en Ibiza y la muerte de un amigo y compañero en pleno combate en Libia.

A los creyentes, sin cerrar los ojos a tantas contradicciones de nuestro interior y exterior, la esperanza nos lleva a pensar que “a pesar de todas las resistencias y fracasos que se produzcan, Dios hará realidad esa utopía tan vieja como el corazón humano: la desaparición del mal, de la injusticia y de la muerte” (José Antonio Pagola).

El florecimiento de la primavera no se produce por arte de magia; es indispensable nuestra contribución. Benedicto XVI hablaba en junio de 2009 de la necesidad y el deber de “**proteger sobre todo al hombre contra la destrucción de sí mismo**”. Es lo que él llamaba “ecología del hombre” bien entendida.

Además, no es sinónimo de mayor humanidad todo lo que se nos vende como progreso, aunque incluso científicamente lo sea. Al acabar la Primera Guerra Mundial, el escritor y filósofo francés Paul Valéry (1871-1945) escribió: “Ha hecho falta, sin duda, mucha ciencia para matar a tantos hombres”. Y es que, como afirmaba la Congregación para la Doctrina de la Fe en febrero de 1987, “la ciencia sin conciencia no conduce sino a la ruina del hombre”. Le falta lo principal: la estima del ser humano y su dignidad.

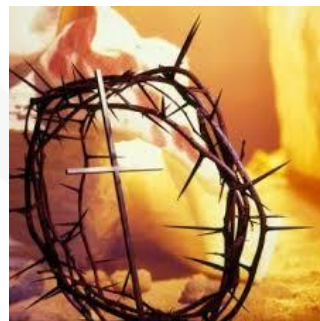
A finales del año 2015, los medios de comunicación daban cuenta de la muerte a los 36 años, a causa de un cáncer terminal, de la estadounidense Heather MacManamy. Antes de morir encargó a su marido que hiciese llegar principalmente a su hija pequeña una misiva llena de esperanza. Decía entre otras cosas: “No digo que perdí la batalla contra el cáncer, dado que el cáncer puede que se haya llevado casi todo de mí, pero jamás se llevó el amor, la esperanza o la alegría que tenía”. Ese es el motor de la victoria contra el mal: **amor, esperanza y alegría.**

Emailgelio del 24 de noviembre de 2024  
Solemnidad de Cristo Rey – Ciclo B

Ignacio Itano sm

## Un mundo nuevo

En aquel tiempo preguntó Pilato a Jesús: “¿Eres tú el rey de los judíos?”. Jesús le contestó: “¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?”. Pilato replicó: “¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?”. Jesús le contestó: “Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí”. Pilato le dijo: “Con que, ¿tú eres rey?”. Jesús le contestó: “Tú lo dices; soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz”. (Jn 18, 33-37)



*Mi reino no es de este mundo, mi reino no es de aquí*, dice Jesús ante Pilato. De ningún modo es ajeno al mundo, pero su reino, a diferencia del de los reyes de su tiempo, no se apoya en el poder de la violencia y la opresión.

Como dice el jesuita J. A. García, “con un Dios que estuviera únicamente en el cielo difícilmente podríamos entrar en comunión de amor y de servicio”. Y “un Dios al que solo encontráramos en nuestro interior se convertiría fácilmente en objeto de nuestros deseos más arcaicos”.

Pero Jesús nos muestra con su vida que Dios está también y muy especialmente en las personas y en las cosas, viviendo intensamente las necesidades humanas. Al acercarnos a ese mundo, que es nuestro hogar y el de nuestros semejantes, “nos aproximamos a Dios como a una zarza ardiente. Se impone un primer ‘paso atrás’, por estar ante algo tan santo, habitado por Dios. Solo después podremos dar un ‘paso adelante’, que no podrá ya ser manipulador y dominante sino respetuoso, acogedor, comprometido, servicial”.

El reino de Dios, del que Jesús es rey, hay que entenderlo como la vida tal como la quiere construir Dios: **digna, justa y fraterna para todos, empezando por los últimos**. “Quienes aceptan el reinado de Dios le reconocen felices como Padre, consideran a los demás seres humanos como hermanos y ejercen responsablemente el dominio sobre el mundo que les encomendó el Creador” (Luis González-Carvajal).

Construir el reino de Dios supone un cambio en la concepción de la vida y en los valores que la inspiran y la mueven. Karl Marx achacaba a la Iglesia que, teniendo la oportunidad durante mil ochocientos años de cambiar el mundo, no lo había hecho, y afirmaba con rotundidad: “lo haremos nosotros solos”. Históricamente no acertó mucho en el cálculo de las propias posibilidades de producir el cambio pues hoy el panorama de la humanidad nos sigue hablando, con más fuerza si cabe, de su necesidad ineludible.

A veces, en los proyectos transformadores, se descuida algo básico: **“para cambiar el mundo hace falta primero cambiar el corazón de las personas**. Si no existe la fuerza en los corazones y no se está dispuesto a sufrir también por los grandes valores, no se construye un mundo mejor” (Francesc Torralba).

En ese sentido, el papel de la educación es vital. Contribuir pacientemente a que las personas sean sensibles a unos valores y los desarrollen, a que sean bondadosas y generosas, a que se dediquen a servir con alegría, todo eso es **contribuir decisivamente a la construcción de una humanidad nueva**, a la realización del reino de Dios.